

desde hace algunos meses! Aquellas palabras del profeta se presentan sin cesar á mi imaginación: *El Señor os coronará de males, y os arrojará como una pelota*. Pero dejemos á un lado mis penas, y hablemos de tus temores. No puedo persuadirme de que sean fundados; veo siempre á Mad. de Beaumont llena de vida y de juventud, y casi inmortal: ningún presagio funesto puede abrigar mi corazón en este asunto. El cielo, que conoce nuestros sentimientos hácia ella, nos la conservará, no lo dudo. Espero que no la perderemos, y tengo en mi interior esa seguridad. Me complazco en pensar que cuando recibas esta carta tus cuidados se habrán disipado. Asegúrala de mi parte del sincero y tierno interés que tengo por ella; de que su porvenir es para mí una de las cosas de mas importancia en este mundo. Cumple tu promesa, y no dejes de darme noticias tuyas siempre que puedas. ¡Dios mio! ¡Cuán largo va á ser el tiempo que pasará antes de que pueda recibir contestación á esta carta! ¡Qué cruel es la distancia! ¿De qué procede el que me hables de tu vuelta á Francia? Sin duda quieres halagar mi cariño, y te engañas. En medio de todas mis penas se eleva del fondo de mi alma un dulce pensamiento, el de tu amistad; el de que estoy presente en tu memoria tal como á Dios le plugo formarme. Amigo mio, no hay para mí en toda la tierra otro asilo seguro que tu corazón; en cualquiera otra parte soy una persona extraña y desconocida. ¡Adios, pobre hermano mio! ¿Te volveré á ver? Esta idea no se presenta á mi imaginación de una manera bien distinta. Si me vuelves á ver, te pareceré enteramente una loca. ¡Adios, tú, á quien tanto debo! ¡Adios, felicidad purísima! Recuerdos de mis hermosos días, ¿no podreis iluminar un poco mis presentes y tristes horas?

«No soy yo una de esas personas que agotan todo su dolor en el momento de la separación; cada día que pasa aumenta el dolor de tu ausencia, y si cien años estuvieras en Roma, no se debilitaría por eso. Para hacerme ilusiones sobre tu ausencia no pasa un solo día en que no lea algunas páginas de tu obra y haga todos los esfuerzos imaginables para figurarme que te estoy escuchando. La amistad que te profesó es muy natural: desde nuestra infancia has sido siempre mi defensa y mi amigo; nunca me has costado una sola lágrima, y jamás has tenido un amigo que no lo haya sido mio. Querido hermano, el cielo, que se complace en privarme de todas las felicidades, quiere sin duda que la encuentre solo en tí, que me confíe á tu corazón. Dame cuanto antes noticias de Mad. de Beaumont. Dirígeme las cartas á casa de Mlle. Lamotte, aunque no sé el tiempo que en ella permaneceré. Desde nuestra última separación estoy siempre, con respecto á mi morada, como la arena movediza que me se escapa bajo los pies: es cierto que será un ser incomprendible para quien no me conozca; sin embargo, solo vario de forma, quedando siempre el fondo el mismo.»

El canto del cisne que se preparaba á morir fue transmitido por mí al cisne moribundo: ¡yo era el eco de estos inefables y postreros conciertos!

#### CARTA DE MAD. DE KRUDNER.

Otra carta muy distinta de esta; pero escrita por una mujer cuya misión ha sido extraordinaria, por Mad. de Krudner, demuestra el imperio que Mad. de Beaumont, sin ningunas ventajas de belleza, de fama, riqueza, ni poder, ejercía sobre los espíritus.

Paris 24 de noviembre de 1803.

«Anteayer supe por Mr. Michaud, que ha vuelto de Lyon, que Mad. de Beaumont estaba en Roma, y

que se hallaba muy enferma: esto es lo que me ha dicho. Me he afligido profundamente; mis nervios se han resentido, y no he hecho mas que pensar en esa mujer encantadora que amé mucho antes de conocer. ¡Cuántas veces le he deseado la felicidad! ¡Cuántas veces he ansiado que pueda atravesar felizmente los Alpes y hallar bajo el cielo de Italia las dulces y profundas emociones que yo mismo he experimentado! ¡Ay! ¿Será posible que haya llegado á ese país para exponerse á los peligros que temo? Me es imposible expresar lo que esta idea me aflige. Perdonad si he estado tan distraída que no os haya aun hablado de vos, mi querido Chateaubriand; debéis ya conocer mi sincero cariño hácia vos, y demostrándoos el vivo interés que me inspira Mad. de Beaumont, espero daros una prueba de él mejor que ocupándome de vos mismo. Tengo ante mis ojos este triste espectáculo; tengo el secreto del dolor, y mi alma se detiene siempre acongojada ante esas almas á quienes la naturaleza dió el poder de sufrir mas que las otras. Esperaba que Mad. de Beaumont gozaria del privilegio que habia recibido para ser mas dichosa; esperaba que hallase un poco de salud con el sol de Italia y la felicidad de vuestra presencia. ¡Ah! Traquilízadme, escribidme; decidme que la amo sinceramente, que hago votos por su felicidad. ¿Ha recibido mi respuesta á la carta que me escribió desde Clermont? Dirigidla la contestación á Michaud; no os exijo mas que unas pocas palabras, porque conozco lo sensible que sois y cuánto debéis sufrir. Creía que seguiría mejor, y no la he escrito. Hallábase abrumada de negocios, pero pensaba siempre en la felicidad que experimentaría al volveros á ver, y sabia comprenderla. Decidme algo de vuestra salud; creed en mi amistad, en el interés que siempre me he tomado por vos, y no me olvideis.

»B. KRUDNER.»

Paris 1838.

#### MUERTE DE MAD. DE BEAUMONT.

La mejoría que los aires de Roma habian hecho experimentar á Mad. de Beaumont, no duró mucho; las señales de una destrucción inmediata desaparecieron, es verdad; pero parece que el postrer momento se detiene siempre para engañarnos. Habia ensayado dos ó tres veces un paseo en carruaje con la enferma; me esforzaba por distraerla, haciéndole notar los campos y el cielo; pero nada le agradaba ya. Un día la conduje al Coliseo; era uno de esos días de octubre, tales como solo se ven en Roma. Consiguí bajar, y fué á sentarse sobre una piedra, frente á uno de los altares colocados enredador del edificio. Alzó los ojos, los paseó lentamente sobre aquellos pórticos, muertos también hacia tantos años, y que tantas cosas habian visto morir; las ruinas estaban adornadas de espinos y pajarillos azafrañados por el otoño y llenos de luz. La mujer espirante bajó despues de grada en grada hasta la arena sus miradas, que huían del sol; las detuvo sobre la cruz del altar, y me dijo: — «Vámonos, tengo frio.» La conduje á su casa, y se acostó para no volverse á levantar.

Me habia relacionado con el conde de la Lucerne, y le enviaba desde Roma todos los correos el boletín de la salud de su cuñada. Cuando habia estado encargado por Luis XVI de una misión diplomática en Londres, habia llevado consigo á su hermano; Andrés Chénier formaba también parte de esta embajada.

Los médicos á quienes habia reunido nuevamente despues del ensayo de paseo me declararon que solo

un milagro podia salvar á Mad. de Beaumont. Tenia fija su mente en la idea de que no pasaria del 2 de noviembre, día de los difuntos; despues recordó que uno de sus parientes habia muerto el 4 de noviembre. Yo le decía que su miedo era infundado; que pronto reconoceria la falsedad de sus pronósticos, y ella me respondia para consolarme: — «¡Oh, si; iré mas lejos!» Distinguí algunas lágrimas que yo procuraba ocultarle; me tendió su mano, y me dijo: — «Sois un niño; pues qué, ¿no esperábais esto?»

La víspera de su muerte, el jueves 3 de noviembre, me pareció mas tranquila. Me habló de arreglar su fortuna, y me dijo, hablando de su testamento: — «Que todo habia concluido para ella; pero que todo le quedaba por hacer, y que habria deseado tener solo dos horas para ocuparse de ello.» Por la noche el médico me advirtió que se creía obligado á manifestar á la enferma era ya tiempo de pensar en su conciencia; tuve un momento de flaqueza; el temor de precipitar por el aparato de la muerte los cortos instantes que Mad. de Beaumont debía vivir, me causó profundo desaliento. Me irrité contra el facultativo, y despues le supliqué esperase hasta el día siguiente.

Mi noche fue cruel con el secreto que guardaba mi corazón. La enferma no me permitió pasarla en su cuarto. Permanecí fuera, temblando á cada rumor que oía; cuando entreabrian la puerta, distinguía solo la débil claridad de la lamparilla que se apagaba.

El viernes 4 de noviembre entré, seguido por el médico. Mad. de Beaumont conoció mi turbación, y me dijo: — «¿Por qué estais de esa suerte? He pasado buena noche.» El médico afectó entonces que tenia que hablarme de cosas importantes en la sala inmediata. Salí, y al volver, no sabia lo que era de mí. Mad. de Beaumont me preguntó qué era lo que el médico queria, y entonces me arrojé llorando sobre su lecho. Un momento estuvo sin hablar, me miró, y me dijo con voz firme, como si hubiese querido prestarme fuerzas. — «No creía que fuese tan pronto; vamos, es preciso despedirnos. Llamad al abate Bonnevie.»

El abate Bonnevie, autorizado en regla, se dirigió á casa de Mad. de Beaumont. La enferma le declaró que en su corazón siempre habia abrigado vivos sentimientos religiosos; pero que las terribles desgracias que la habian afligido durante la revolución la habian hecho dudar alguna vez de la justicia de la Providencia; que estaba pronta á reconocer sus errores y á recomendarse á la misericordia divina; pero que esperaba que los males que habia sufrido en este mundo abreviarían su expiación en el otro. Me hizo señas de que me retirase, y permaneció sola con su confesor.

Le ví volver una hora despues, enjugando sus ojos y diciendo que jamás habia oído un lenguaje mas bello, ni visto un heroísmo semejante. Enviaron á buscar al cura para administrarle los sacramentos. Volví al lado de su lecho. Al distinguirme, me dijo: — «Y bien, ¿estais contento de mí?» Se enterneció hablando de lo que llamaba *mis bondades* hácia ella. ¡Ah! si hubiese podido en aquel momento comprar uno solo de sus días con el sacrificio de todos los míos, ¡con qué alegría lo hubiera hecho! Los demás amigos de Mad. de Beaumont, que no asistían á este espectáculo, no tenían al menos que llorar mas que una vez de pie, á la cabecera de su lecho de dolor, donde el hombre oye sonar su hora suprema, cada sonrisa de la enferma me devolvía la vida y me la robaba al disiparse. Una idea deplorable vino á agitarme: adiviné que Mad. de Beaumont no se habia apercebido hasta su postrer suspiro del amor que la profesaba; no cesaba de manifestar su sorpresa, y parecia morir desesperada y gozosa á un tiempo. Habia creído ser una

carga para mí, y habia deseado desaparecer para desembarazarme de ella.

El sacerdote llegó á las once: el cuarto se llenó de esa multitud de curiosos y de indiferentes que siguen á todo sacerdote en Roma. Mad. de Beaumont vió aquella formidable solemnidad sin la menor señal de espanto. Nosotros nos arrodillamos, y la enferma recibió á la vez la sagrada hostia y la Extremaunción. Cuando todos se hubieron retirado, me hizo sentar á la orilla de su lecho, y me habló durante media hora de mis negocios y de mis proyectos con la mayor elevación de ideas y la amistad mas tierna; me recomendó especialmente viviese al lado de Mad. de Chateaubriand y de Mr. Joubert; ¿pero este debía vivir?

Me rogó luego abriese el balcón, porque se sentía oprimida. Un rayo de sol vino á alumbrar su lecho, y pareció alegrarla. Me recordó entonces sus proyectos de retiro al campo, de que algunas veces nos habíamos ocupado, y rompió el llanto.

Entre las dos y las tres de la tarde Mad. de Beaumont pidió la mudase de cama á la Saint-Germain, antigua doncella española que la servía con un cariño digno de tan excelente señora: el médico se opuso á ello, temiendo que la enferma muriese durante esta traslación. Entonces me dijo sentía aproximarse la agonía. De súbito despidió la ropa, me tendió una mano, apretó la mía convulsivamente, sus miradas se perdieron en el espacio. Con la mano que le quedaba libre hacia señales á uno que se figuraba ver al pie de su lecho: despues, poniendo aquella mano sobre su corazón, decía: — «¡Aquí es! Consternado la pregunté si me reconocía; el bosquejo de una sonrisa se dibujó en sus labios en medio de su agonía; me hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza: su palabra habia ya huido de este mundo. Las convulsiones solo duraron algunos minutos. Nosotros la sosteníamos en nuestros brazos: una de mis manos se hallaba apoyada sobre su corazón, que tocaba á sus ligeros huesos; palpaba con rapidez, como un reloj que gasta su cuerda rota. ¡Oh momento de horror y de espanto! ¡Yo la sentí pararse! Inclinamos sobre su almohada el cuerpo de la mujer cuya alma habia ya volado. Algunos bucles de sus cabellos destrenzados caían sobre su frente; sus ojos estaban ya cerrados, y la eterna noche habia descendido hasta ellos. El médico presentó un espejo y una luz á la boca de la extranjera: el espejo no se empañó con el soplo de la vida, y la luz permaneció inmóvil. Todo estaba concluido.

Paris.

#### FUNERALES.

Por lo general los que lloran pueden gozar en paz de sus lágrimas; otros se encargan de atender á los cuidados postreros de la religión: como representante de la Francia, ausente el cardenal ministro, como el único amigo de la hija de Mr. de Montmorin, y responsable á su familia, me vi obligado á dirigirlo todo: me fue preciso designar el lugar de la sepultura, ocuparme de la profundidad y de la longitud de la huesa, entregar la mortaja y dar á los operarios las dimensiones del féretro.

Dos religiosos velaron al lado de aquel féretro que debía ser conducido al templo de San Luis de los franceses. Uno de estos padres era de Auvernia, y habia nacido en el mismo Montmorin. Mad. de Beaumont habia deseado se la envolviese en una tela que su hermano Augusto, único que se habia librado del cadalso, le habia enviado de la isla Borbon. Esta tela no se hallaba en Roma, y solo se encontró un pedazo que llevaba siempre consigo. La doncella ciñó á su cuerpo esta tela, y metió en el féretro una cornalina que contenía pelo de Mr. de Montmorin. Los ecle-



siásticos franceses se hallaban convocados; la princesa Borghese prestó el carro fúnebre de su familia; el cardenal Fesch había dejado la órden de enviar sus carruajes y criados. El sábado 5 de noviembre á las siete de la tarde, á la luz de las antorchas, y en medio de una gran multitud, pasó Mad. de Beaumont por el camino por donde todos pasamos. El domingo 6 de noviembre se celebró la misa de *Requiem*. Los funerales hubieran sido menos franceses en París de lo que lo fueron en Roma. Aquella arquitectura religiosa, que lleva en sus adornos las armas y las inscripciones de nuestra antigua patria, aquellos sepulcros donde están grabados los nombres de algunas de las razas más históricas en nuestros anales; aquella iglesia bajo la protección de un gran santo, de un gran rey y de un gran hombre; todo esto no consolaba, pero honraba la desgracia. Deseaba que el último vástago de una familia un día poderosa, hallase al menos algún apoyo en mi oscura adhesión, y que no le faltara la amistad, ya que le faltaba la fortuna.

El pueblo romano, acostumbrado al trato de los extranjeros, les sirve de hermanos. Mad. de Beaumont ha dejado sobre aquella tierra hospitalaria para los muertos una piadosa memoria; aun se la recuerda: he visto á Leon XII orando sobre su sepulcro. En 1827 visitaba el monumento de la que fue el alma de una sociedad destruida: el ruido de mis pasos enrededor de aquel mudo monumento en una iglesia solitaria, era para mí una especie de consejo. «Te amaré siempre, dice el epitafio griego; pero tú, en la mansión de los muertos, no bebas, te ruego, en esa copa, que te haría olvidar á tus antiguos amigos.»

Paris, 1838.

AÑO DE MI VIDA 1803.—CARTAS DE MR. CHENEDOLLE, DE MR. DE FONTANES, DE MR. NECKER Y DE MADAMA DE STAEL.

Si se elevasen á la altura de los acontecimientos públicos las calamidades de una vida privada, estas calamidades apenas deberían ocupar una palabra en mis *Memorias*. ¿Quién no ha perdido un amigo? ¿Quién no lo ha visto morir? ¿Quién no podrá pintar una escena igual de duelo? La reflexion es justa; sin embargo, nadie se ha corregido dejando de contar sus propias aventuras: sobre el buque que los lleva, los marineros tienen una familia en tierra que les interesa, y de la que hablan entre sí. Cada hombre guarda dentro de sí un mundo aparte, extraño á las leyes y al destino general de los siglos. Es además un error el creer que las revoluciones, los sucesos famosos, las grandes catástrofes sean los únicos fastos de nuestra naturaleza, todos trabajamos, uno tras otro, en esa cadena de la historia comun, y de todas esas existencias individuales se compone á los ojos de Dios el universo humano.

Reuniendo la expresion de los diversos sentimientos que produjo su muerte enrededor de las cenizas de Mad. de Beaumont, no hago más que colocar sobre su sepulcro las coronas á ella destinadas.

CARTA DE MR. CHENEDOLLE.

«No dudais, sin duda, mi querido y desgraciado amigo, de toda la parte que tomo en vuestra afliccion. Mi dolor no es tan grande como el vuestro, porque esto no era posible; pero me aflige profundamente esta pérdida, y ella viene á oscurecer más esta vida que hace tiempo no es más que un sufrimiento para mí. Así pasa y se borra de la faz de la tierra todo lo que hay en ella de bueno, de amable y de sensible. ¡Pobre amigo mio, apresuraos á volver á Francia;

venid á buscar algunos consuelos cerca de vuestros antiguos amigos! Sabeis cuánto os amo: venid!»

«Estaba muy inquieto con respecto á vos: hacia más de tres meses que no había recibido noticias vuestras, y tres cartas mías han quedado sin respuesta. ¿Las habeis recibido? Mad. de Caud hace dos meses que ha dejado de escribirme. Esto me ha causado profunda pena, y no obstante, creo que de nada tengo que acusarme respecto á ella. Empero por más que haga, no podrá arrancar de mí la tierna y respetuosa amistad que le he consagrado toda mi vida. Fontanes y Joubert han dejado también de escribirme: así, todo lo que yo amaba parece haberse reunido para olvidarme á un tiempo. ¡No me olvideis vos, amigo mio, y que en esta tierra de lágrimas me quede un corazón con el que al menos pueda contar! ¡Adios! Os abrazo llorando. Estad seguro, mi buen amigo, de que siento vuestra pérdida cual debe sentirse.»

CARTA DE MR. DE FONTANES.

27 de noviembre de 1803.

«Participo de vuestro pesar, mi querido amigo: siento lo doloroso de vuestra situacion. ¡Morir tan joven, y despues de haber sobrevivido á toda su familia! Pero al menos esa interesante é infeliz mujer no habrá carecido de los auxilios y de los recuerdos de la amistad. He leído á Mr. de La Lucerne la tierna relacion que le estaba destinada. El anciano Saint-Germain, criado de vuestra amiga, fue quien le llevó la nueva. Este buen servidor me ha hecho llorar habiéndome de su señora. Le he dicho que tenía un legado de diez mil francos; pero ni un momento se ha ocupado de esto. Si fuese posible hablar de negocios en tan lúgubres circunstancias, os diria que era bien natural daros al menos el usufructo de unos bienes que deben pasar á colaterales lejanos y casi desconocidos. Apruebo vuestra conducta: conozco vuestra delicadeza; pero yo no puedo tener hacia mi amigo el mismo desinterés que él abriga para sí. Confieso que este olvido me sorprende y me aflige. Mad. de Beaumont sobre su lecho de muerte, os ha hablado con la elocuencia del postrer adios, del porvenir y de vuestra suerte futura. Su voz debe tener para vos más fuerza que la mía. ¿Pero os ha aconsejado que renunciéis á ocho ó diez mil francos de sueldo, cuando vuestra carrera se ve desembarazada de las primeras espinas? ¿Podriais precipitaros, mi querido amigo, á dar un paso tan importante?»

«No dudareis del gran placer que tendré en veros; si solo consultase mi propia dicha, os diria: «Venid al instante.» Pero vuestros intereses me son tan caros como los míos, y no veo recursos bastante inmediatos para resarciros las ventajas que voluntariamente perdeis. Sé que vuestro talento, vuestro nombre y el trabajo no os dejarán nunca á merced de las necesidades más urgentes; pero veo en todo ello más gloria que fortuna. Vuestra educacion y vuestros hábitos exigen ciertos gastos. La fama no basta para las necesidades de la vida, y esa miserable ciencia de la olla marcha á la cabeza de todas las demás, cuando uno quiere vivir independiente y tranquilo. Espero que nada podrá decidiros á buscar la fortuna en suelo extranjero. ¡Ah, amigo mio! estad seguro de que despues de las primeras caricias valen aun menos que los compatriotas. Si vuestra amiga moribunda ha hecho todas estas reflexiones, sus últimos momentos deben haber sido un tanto agitados; pero espero que á los piés de su tumba hallareis lecciones y luces superiores á las que los amigos que os quedan pudieran comunicaros. Esa amable mujer os amaba, ella os aconsejará bien. Su memoria y vuestro corazón os guiarán con seguridad, estoy tranquilo, si les presen-

tais cidos. Adios, mi querido amigo: os abrazo tiernamente.»

Mr. Necker me escribió la única carta que he recibido de él. Había sido testigo de la alegría de la corte cuando la separacion de este ministro, cuyas honradas opiniones contribuyeron á la caída de la monarquía. Había sido colega de Mr. de Montmorin. Mr. Necker iba á morir bien pronto en el lugar donde se había su carta: no teniendo entonces á su lado á Mad. Stael, halló algunas lágrimas para la amiga de su hija.

CARTA DE MR. NECKER.

«Caballero: mi hija al ponerse en camino para la Alemania, me ha rogado le abriese las cartas que pudieran dirigirla, con objeto de juzgar si valian la pena de mandárselas por el correo: este es el motivo de haber sabido antes que ella la muerte de Mad. de Beaumont. Le he enviado vuestra carta á Francfort, de donde se la remitirán más lejos, tal vez á Weimar ó Berlin. No os extrañe si no recibis la contestacion de Mad. de Stael tan pronto como tenéis derecho á esperar. Estais bien seguro del dolor que experimentará Mad. de Stael al saber la pérdida de una amiga, de la que siempre le he oído hablar con el mayor cariño. Me asocio á su pena, y me cabe un particular sentimiento cuando pienso en la desgraciada suerte de toda la familia de mi amigo Mr. de Montmorin.

«Veo, caballero, os hallais en vísperas de abandonar á Roma para regresar á Francia: deseo que emprendais vuestro camino por Ginebra, donde voy á pasar el invierno. Tendría un vivo placer en haceros los honores de una ciudad donde os ha precedido vuestra reputacion. ¿Pero dónde no sois ya conocido? Vuestra última obra, radiante de incomparables bellezas, se halla en manos de cuantos aman las letras.

«Tengo el honor de ofreceros las seguridades y el homenaje de mis sentimientos más distinguidos.»

«NECKER.»

Coppet 27 de noviembre de 1805.

CARTA DE MAD. DE STAEL.

Francfort 5 de diciembre de 1805.

«¡Ah, Dios mio, my dear Francis; cuán profundo dolor me ha causado vuestra carta! Ya ayer había caído sobre mí por los diarios esa espantosa nueva, y vuestra relacion desgarradora viene á grabarla para siempre con letras de sangre en mi corazón. Podeis, ¿podeis hablarme de opiniones diversas sobre la religion y sobre sus ministros? ¿Por ventura hay dos opiniones cuando solo existe un sentimiento? No he leído vuestra carta sino regándola con mis lágrimas. Mi querido Francisco, recordad el tiempo en que me profesábais una amistad más viva; no olvideis aquel en que todo mi corazón era vuestro, y deciais que esos sentimientos, más tiernos, más profundos que nunca, están vivos para vos en el fondo de mi pecho. Amaba, admiraba el carácter de Mad. de Beaumont; no conocia otro más generoso, más agradecido, más apasionadamente sensible. Desde que he entrado en el mundo, no habían cesado mis relaciones con ella, y conocia que, no obstante algunas diferencias, me era vivamente simpática. Mi querido Francisco, dadme un lugar en vuestra vida. Os admiro, os amo, amaba á la que echais de menos. Soy una amiga ardiente; seré para vos una hermana. Mas que nunca debo respetar vuestras opiniones; Mathieu, que participa de ellas, ha sido un ángel para mí en la última pena que acabo de experimentar. Haced que os sea útil ó agradable de algun modo. ¿Os han escrito que había sido

desterrada á cuarenta leguas de París? He aprovechado esta ocasion para visitar la Alemania; pero en la primavera habré vuelto á París, si ha terminado mi destierro, ó á Ginebra. Haced de manera que nos reunamos. ¿No sentís que mi espíritu y mi alma entienden la vuestra, y que á través de las diferencias de carácter nuestras almas están unidas? Mr. de Humboldt me había escrito hace algunos días una carta, en que me hablaba de vuestra obra con una admiracion que os debe lisonjear en un hombre de su mérito y de su opinion. ¡Pero á qué hablaros de vuestros triunfos en semejante momento! ¡Sin embargo, esos triunfos ella los amaba y eran su gloria! Continúa haciendo ilustre al que tanto amó. Adios, mi querido Francisco. Os escribiré desde Weimar en Sajonia. Respondedme con sobre á MM. Desport, banqueros. ¡Cuántas frases desgarradoras hay en vuestra relacion! Y la resolucion de conservar á la pobre Saint-Germain; la traereis á mi casa.

«¡Adios tiernamente; dolorosamente adios!»

«N. DE STAEL.»

Esta carta, afectuosamente rápida, agitada, escrita por una mujer ilustre, me enterneció nuevamente. Mad. de Beaumont habría sido bien dichosa en aquel momento si el cielo la hubiera permitido renacer! Pero nuestro cariño, que se hace oír de los muertos, no tiene el poder de desatar sus ligaduras: cuando Lázaro se levantó del sepulcro tenía los piés y las manos ligadas con bandas y cubierto el rostro con un sudario: ora bien; la amistad no puede decir como Cristo á Marta y á María:—«Desatadlas y dejadle marchar.»

Ellos también, mis consoladores, han pasado, y hoy me piden para sí los pésames que daban á otros.

Paris 1838.

AÑOS DE MI VIDA 1803 Y 1804.—PRIMERA IDEA DE MIS MEMORIAS.—SOY NOMBRADO MINISTRO DE FRANCIA EN EL VALESADÓ.—SALIDA DE ROMA.

Hallábame decidido á abandonar la carrera diplomática, en que tantos disgustos personales habían venido á mezclarse con la insustancialidad de mis ocupaciones y con los mezquinos asuntos políticos. Nadie puede comprender la amargura que experimenta el corazón cuando se ve obligado á permanecer solo en los sitios habitados poco antes por una persona que hacia las delicias de su vida. Búscasela, y no se la encuentra; ella os habla, os sonríe, os acompaña; todo cuanto ella ha llevado ó ha tocado reproduce su imagen; no hay entre ella y vos más que un velo trasparente, pero tan pesado, que no se puede levantar. El recuerdo del primer amigo que os ha abandonado sobre el camino es cruel; porque si vuestros días se han prolongado, habreis necesariamente experimentado otras pérdidas; estas muertes que se han ido sucediendo se acumulan á la primera, y llorais á la vez en una sola persona todas las que habeis perdido sucesivamente.

Entre tanto que yo tomaba mis disposiciones, prolongadas por la distancia á que me hallaba de Francia, hallábame abandonado sobre las ruinas de Roma. En mi primer paseo todo me parecía cambiado; no reconocia los árboles, ni los monumentos, ni el cielo; me extraviaba en medio de los campos, á lo largo de las cascadas de los acueductos, como en otro tiempo bajo las verdes bóvedas de los bosques del Nuevo-Mundo. Volvia á entrar en la ciudad eterna, que entonces unía á tantas existencias pasadas una nueva existencia destruida.

A fuerza de recorrer las soledades del Tiber, grabáronse tan profundamente en mi memoria, que las



reproducía con bastante exactitud en mi carta á Mr. de Fontanes:

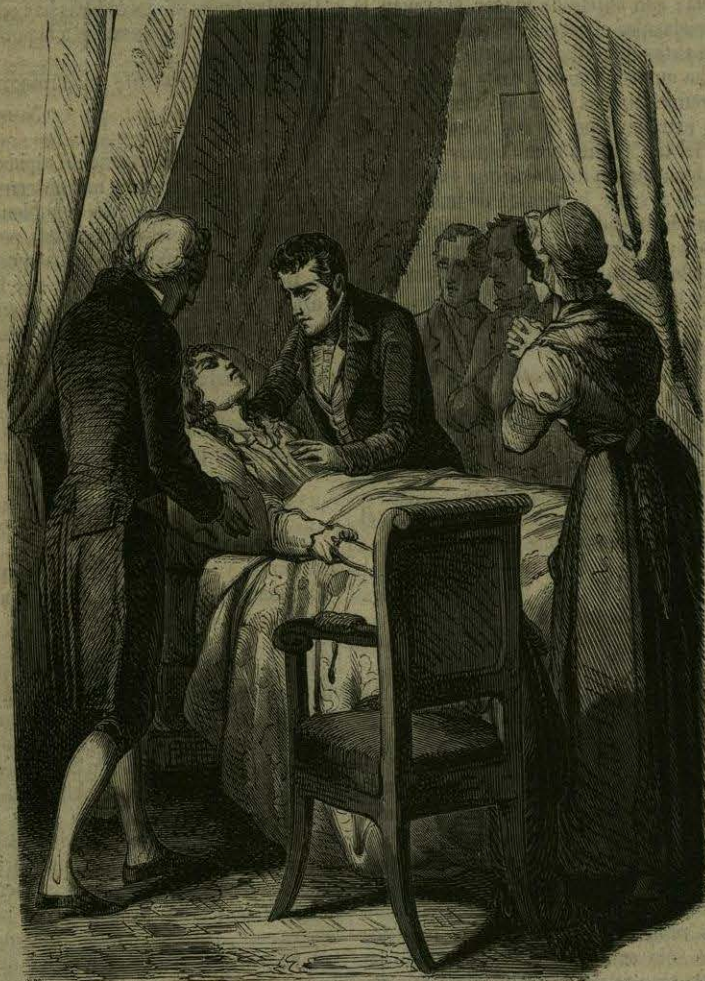
«Si el extranjero es desgraciado, decia; si ha confundido las cenizas que amó con otras tantas cenizas ilustres, ¡con qué placer no pasará desde la tumba de Cecilia Metella á la de una mujer desgraciada!»

En Roma fue tambien donde concebí por la primera vez la idea de escribir las *Memorias de mi vida*. Guardo aun algunas líneas de ellas, de las que presento estas pocas palabras: «Después de haber andado errante sobre la tierra, pasado los mejores años de mi

juventud lejos de mi país, y sufrido cuanto un hombre puede sufrir, incluso el hambre, volví á París en 1800.»

En una carta dirigida á Mr. Joubert presentaba mi plan del modo siguiente:

«Mi sola felicidad consiste en tener algunas horas para ocuparme en un trabajo, el único que puede dulcificar mis penas; este es las *Memorias de mi vida*. Roma estará comprendida en ellas; solo así puedo ya hablar de Roma. Estad tranquilo; mis *Confesiones* no causarán disgusto á mis amigos: si he de llegar algun día á figurar, mis amigos ocuparán tambien en



MUENTE DE MADAMA BAUMON.

ei porvenir un lugar tan bello como respetable. No molestaré á la posteridad con los pormenores de mis debilidades; no hablaré de mí sino en la parte que conviene á mi dignidad de hombre, y, me atrevo á decirlo, á la elevacion de mi corazón. Al mundo no se le debe presentar sino lo que es bello; no es mentir á Dios el descubrir únicamente la parte de la vida que puede inspirar á nuestros semejantes sentimientos nobles y generosos. Seguramente en el fondo no tengo nada que ocultarme; no he hecho despedir á ninguna criada por el robo de una sortija, ni abandonado á un amigo moribundo en medio de la calle, ni deshonrado á la mujer que me ha acogido, ni entregado mis hijos bastardos á la Inclusa; pero he tenido debilidades,

flaquezas de corazón: una ojeada de compasión sobre mí bastará para hacer comprender al mundo estas miserias humanas, que necesitan estar protegidas por un velo. ¿Qué ganaría la sociedad en la reproducción de estas llagas que la afligen, y que en todas partes triunfan de la pobre naturaleza humana.»

En este plan que me habia trazado olvidaba á mi familia, mi infancia, mi juventud, mis viajes y mi destierro, en cuya narracion me he complacido después.

Me habia asemejado ó un esclavo feliz que, acostumbrado á poner su libertad en el cepo, no sabe que hacer de ella cuando ve rotas sus cadenas. Siempre

que quería abandonarme á mi trabajo, un fantasma llegaba á colocarse delante de mí, y no podia separar de él mis ojos; únicamente la religion me fijaba por su importancia y por las reflexiones de un orden superior que me sugeria.

Sin embargo, al ocuparme en la idea de escribir mis *Memorias*, comprendí el valor que los antiguos daban á su nombre: hay tal vez una tierna realidad en esta sucesion de recuerdos que pueden dejarse al pasar. Tal vez entre los grandes hombres de la antigüedad la idea de una vida inmortal en la raza humana ocupaba el lugar de la inmortalidad del alma, que

para ellos era un problema. Si la fama es poca cosa cuando se ciñe meramente á nosotros, es menester convenir, sin embargo, en que es un hermoso privilegio, concedido á la amistad del genio, el dar una existencia imperecedera á todo cuanto él ama. Yo empecé un comentario de algunos libros de la Biblia, principiando por el Génesis. Sobre este versículo: *Hé aquí que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros; conocedor del bien y del mal; ahora no conviene que lleve su mano al fruto de la vida, que le coja, que coma de él, y que viva eternamente*: apreciaba yo la imponente ironía del Creador: *Hé aquí*



BONAPARTE.

que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros, etc... No conviene que el hombre lleve su mano al fruto de la vida. ¿Por qué? Porque ha gustado el fruto de la ciencia, y conoce el bien y el mal; ahora se halla agoviado de males; por lo tanto, no conviene que viva eternamente. ¿Qué bondadoso ha sido Dios en conceder la muerte!

Hay en el mismo comentario oraciones empezadas; unas para las *aflicciones del alma*, otras para *fortificarse contra la prosperidad de los malos*: procuraba reunir en un centro de reposo los pensamientos errantes fuera de mí.

Como Dios no queria concluir allí mi vida, reser-

vándela para largas pruebas, las tempestades que es habian levantado se calmaron. Repentinamente el cardenal embajador cambió de comportamiento conmigo: tuvimos una explicacion, en la que le declaré mi resolucion de retirarme. Opúsose diciendo que mi dimision en aquel momento parecería una caída; que llenaría de júbilo á mis enemigos; que el primer cónsul se incomodaría, lo cual me impediría el vivir tranquilo en el sitio á que quisiera retirarme. Me propuso el ir á pasar quince dias ó un mes en Nápoles.

En esta misma coyuntura, la Rusia me sondeaba para saber si aceptaría el puesto de ayo de un gran duque: solo á Enrique V hubiera yo hecho, en todo



caso, el sacrificio de los últimos años de mi vida.

En tanto que fluctuaba entre mil partidos diversos, recibí la noticia de que el primer cónsul me había nombrado ministro plenipotenciario en el Valesado. Había al principio dado algún crédito á mis detractores; pero volviendo á la razón, comprendí que yo pertenecía á la raza de hombres que no sirve mas que para estar en primer término; que no debía asociarme á nadie si quería sacar algún partido de mí. No había plaza alguna vacante; creó una, escogiéndola en conformidad á mis instintos de aislamiento é independencia; me colocó en los Alpes, y me dió una república católica en medio de un mundo de torrentes; el Ródano y nuestros soldados se cruzaban á mis pies; el primero descendiendo hácia la Francia; los segundos subiendo hácia Italia; el Simplon abría delante de mí su atrevido camino. El cónsul se obligaba á concederme todas las licencias que pidiera para viajar por Italia, y Mad. de Bacciocchi me mandaba á decir por conducto de Fontanes que me estaba reservada la primera gran embajada disponible. Obtuve, pues, esta primera victoria diplomática, sin esperarla y sin desearla; verdad es que se hallaba á la cabeza del Estado un hombre de elevada inteligencia, que no quería abandonar á intrigas de oficina á otra inteligencia que veía dispuesta á separarse del poder.

Esta observacion es tanto mas exacta, cuanto que el cardenal Fesch, á quien hago en las presentes *Memorias* una justicia con la cual no debía él contar, había enviado pliegos á París poco favorables á mi persona, casi en el mismo momento en que mudó de conducta conmigo, despues de la muerte de Mad. de Beaumont. ¿Su verdadero pensamiento hallábase en sus conversaciones, cuando me daba permiso para ir á Nápoles, ó en sus misivas diplomáticas? Conversaciones y misivas de la misma fecha se hallaban en contradiccion. De mí únicamente hubiera dependido el poner de acuerdo consigo mismo al señor cardenal, haciendo desaparecer hasta las huellas de las comunicaciones que trataban de mí; bastábame sacar de los legajos, cuando fui ministro de Negocios Extranjeros, las elucubraciones del embajador, y no habría hecho mas que lo que hizo Mr. de Talleyrand con su correspondencia con el emperador. Pero no creí tener derecho para usar del poder en beneficio mio. Si alguna vez se registran aquellos documentos, se hallarán en su sitio. Tal vez esta manera de obrar sea una necedad perjudicial; pero para no hacer mérito de una virtud que no tengo, es menester que se sepa que el haber respetado esas correspondencias de mis detractores depende mas de mi desprecio que de mi generosidad. También he visto en los archivos de la embajada francesa en Berlín cartas del señor marqués de Bonnay, ofensivas á mi persona, y lejos de hacer un misterio de ellas, las daré á conocer.

El señor cardenal Fesch no guardaba mas consideraciones conmigo que con el pobre abate Guillon (obispo de Marruecos), á quien se señalaba como *agente de Rusia*. De la misma manera llamaba Bonaparte á Mr. Lainé *agente de Inglaterra*, porque aquel grande hombre había aprendido de los informes de la policia á entretenerse en esta especie de chismes. Pero por ventura, ¿no podía objetarse nada contra el mismo Mr. Fesch? ¿Qué caso hacia de él su propia familia? El cardenal de Clermont-Tonnerre se hallaba en Roma como yo en 1803; y ¿qué de cosas no escribió sobre el tío de Napoleon? Aun conservo las cartas. Por lo demás, ¿á quién interesan ya estas pequenezes, sepultadas hace cuarenta años en unos legajos carcomidos? De los diversos actores que figuraron en aquella época, uno sobrevivirá, Bonaparte. Todos los demás que aspiramos á la vida estamos ya muertos. ¿Quién lee el nombre del insecto al débil resplandor que suele dejar tras sí cuando rastrea?

Posteriormente, el cardenal Fesch me vió de em-

bajador cerca de Leon XII. Dióme pruebas de aprecio y por mi parte procuré anticiparme á ellas y tratarle con deferencia. Bien mirado, es muy natural que se me haya juzgado con una severidad con que yo mismo me trato. Todo esto tiene una antigüedad fabulosa: hoy día ni aun quiero conocer la letra de los que en 1803 sirvieron de secretarios, oficiales ú oficiosos al cardenal Fesch.

Salí para Nápoles, y allí viví un año sin Mad. de Beaumont. Año de ausencia al cual debían seguir tantos otros. No he vuelto á ver á Nápoles desde aquella época, á pesar de que en 1827 llegué hasta sus puertas con intencion de visitarle, en compañía de Mad. de Chateaubriand. Los naranjos estaban cargados de fruta, y los mirtos de flores. Las bahías, los campos Eliseos y el mar tenían encantos que ya no podía yo comunicar á nadie. En los *Mártires* he descrito la bahía de Nápoles. Subí al Vesubio, y bajé hasta su cráter. En esto no hice mas que plagiarle; representaba la escena del *René*. En Pompeya me enseñaron un esqueleto cargado de cadenas, y varias frases latinas escritas con mala ortografía por los soldados sobre las paredes. Regresé á Roma: Cánova me concedió la entrada en su taller, al tiempo que trabajaba en la estatua de una ninfa. A otro lado estaban los modelos de las esculturas sepulcrales que le había encargado, las cuales estaban ya muy adelantadas. De allí fui á San Luis á rezar sobre unas cenizas, y en 21 de enero de 1804, día también desgraciado para mí, salí en direccion á París.

¿Cuán grande es la miseria humana! Treinta y cinco años han pasado desde la fecha de estos sucesos. En medio de mi dolor me lisonjaba yo en aquellos lejanos días de que el lazo que acababa de romperse sería el último que contrajera: y sin embargo, ¡qué pronto he reemplazado, ya que no olvidado, el objeto de mi cariño! Así va el hombre de flaqueza en flaqueza; cuando es jóven y lleva por delante su vida, todavía le queda una sombra de excusa; pero cuando amarrado á su yugo la arrastra penosamente tras de sí, ¿cómo se cohonestan su conducta? Es tal la indignidad de nuestra naturaleza, que, afligidos por nuestros transitorios achaques, al pretender expresar nuestros nuevos afectos, no podemos emplear otras palabras que las que hemos empleado en los antiguos. Y sin embargo, hay expresiones que no debieran servir mas de una vez, y que se profanan repitiéndose. Las amistades que vendimos ó abandonamos nos echan continuamente en cara las nuevas relaciones que hemos contraído; nuestras horas se acusan unas á otras; la vida es un perpetuo sonrojo, porque es una culpa continua.

París 1838.

Revisado en 22 de febrero de 1845.

AÑO DE MI VIDA 1804.—REPÚBLICA DEL VALESADO.—VISITA AL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.—PALACIO DE MONTMORIN.—OIGO PREGONAR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.—PRESENTO MI DIMISION.

Como no pensaba detenerme en París, me apeé en el *hotel* de Francia calle de Beaune, adonde fue madama de Chateaubriand á reunirse conmigo para marchar juntos al Valais. Mis antiguas relaciones, ya medio dispersas, habían perdido el lazo que las reunía.

Bonaparte caminaba hácia el imperio; su genio se elevaba segun iban creciendo los acontecimientos, y podía, como la pólvora al dilatarse, trastornar el mundo. Inmenso ya y conociendo no obstante que aun me había llegado al apogeo, sentíase atormentado por sus propias fuerzas. Marchaba á tientas, y parecía como que buscaba un camino. Cuando llegué á París, se hallaba con Pichegru y Moreau, á quienes había con-

sentido en admitir por rivales, llevado de una mezquina envidia. Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, que era muy superior á los dos anteriores, fueron reducidos á prision.

Ese enjambre vulgar de conspiraciones que se ven en todos los negocios de la vida no cuadraba á mi naturaleza, y con gran placer aproveché la ocasion de refugiarme á las montañas.

El consejo municipal de Sion me dirigió una carta; su sencillez me ha hecho mirarla como un importante documento; entraba yo en la política por la religion; *El Genio del Cristianismo* me abría las puertas.

### Republica del Valesado.

Sion 20 de febrero de 1804.

EL CONSEJO MUNICIPAL DE SION.

«A Mr. de Chateaubriand, secretario de legacion de la república francesa en Roma:

» Señor secretario:

» Por una carta oficial de nuestro gran bailio hemos sabido vuestro nombramiento para ocupar el puesto de ministro de Francia cerca de esta república, y nos apresuramos á manifestaros el especial placer que semejante eleccion nos causa. En vuestro nombramiento vemos una preciosa prenda de la benevolencia del primer cónsul para con nuestra república, y felicitándonos por el honor de poseeros en nuestros muros, consideramos esta circunstancia como uno de los mas felices agüeros para el bienestar de nuestra patria y de nuestra capital. Como una muestra de estos sentimientos, hemos acordado que se os prepare un alojamiento provisional digno de recibiros y provisto de muebles y efectos adecuados á vuestro uso, hasta el punto que las circunstancias y la localidad lo permitan, interin podeis vos mismo dictar las disposiciones convenientes.

» Tened á bien aceptar esta oferta como una prueba de nuestras sinceras intenciones de honrar al gobierno francés en la persona de su enviado, cuya eleccion debe ser particularmente grata á un pueblo desgraciado. Desearíamos que os sirviéseis avisarnos con anticipacion de vuestra llegada á esta ciudad.

» Recibid la seguridad de nuestra respetuosa consideracion.

» El presidente del consejo municipal de Sion,

» DE RIEDMALTEN.

» Por el consejo municipal.

» El secretario,

» DE SORRENTE.»

Dos días antes del 20 de marzo me vestí para ir á despedirme de Bonaparte en las Tullerías; no le había vuelto á ver desde la entrevista de casa de Luciano. La galería en que daba audiencia estaba llena de gente; hallábase acompañado de Murat y del primer ayudante de campo; pasaba casi sin detenerse. A medida que se acercaba á mí me sorprendía la alteracion de su semblante; sus mejillas estaban hundidas y lívidas, su mirada torva, su tez pálida, su aspecto sombrío y terrible. Cesó desde aquel momento la simpatía que al principio tuve hácia él; en vez de permanecer en el sitio por donde debía pasar, di unos pasos atrás para evitar su encuentro. Me dirigió una mirada como procurando reconocermé, dió algunos pasos hácia mí y despues se volvió y se alejó. ¿Era yo por ventura á

sus ojos una reconvenccion? Su ayudante de campo reparó en mí; perdido entre la muchedumbre que me rodeaba, me seguía con la vista y arrastraba al cónsul hácia el sitio en que me hallaba. Esta maniobra continuó por espacio de un cuarto de hora; yo retirándome siempre, Napoleon siguiéndome sin saberlo. Nunca me he podido explicar la causa de esto. ¿Me creía tal vez un hombre sospechoso sin conocerme? ¿Quería, conociéndome, obligar á Bonaparte á que me hablase? Sea de esto lo que quiera, Napoleon pasó á otra habitacion. Satisfecho yo con haber cumplido presentándome en las Tullerías, me retiré. Al ver la alegría que siempre he experimentado al salir de un palacio, es evidente que no he nacido para entrar en ellos.

De vuelta al *hotel* de Francia dije á muchos de mis amigos: -- «Preciso es que suceda alguna cosa muy extraña, porque Napoleon no puede haber cambiado tanto, á menos de hallarse enfermo.»

Mr. Burienne tuvo noticias de mi singular profecia solamente que ha equivocado la fecha: hé aquí lo que dice: -- «Volviendo de casa del primer cónsul, Mr. de Chateaubriand dijo á sus amigos que había notado en el primer cónsul una gran alteracion y algo de siniestro en sus miradas.»

Si, lo noté efectivamente; una inteligencia superior no comprende nada malo sin dolor, porque el mal no es hijo natural de ella, y nunca debería producirlo.

El día 20 me levanté muy temprano, á causa de un recuerdo tan triste como querido. Mr. de Montmorin había hecho edificar un palacio á lo último de la calle de Phunet, en el baluarte nuevo de los Inválidos. En el jardín de este palacio, vendido durante la revolucion, Mad. de Beaumont, siendo casi niña, había plantado un ciprés, y muchas veces al pasar por allí se complacía en enseñármelo. Fui á despedirme de este ciprés, cuyo origen y cuya historia era solamente conocida por mí. Aun existe; pero sus ramas enfermizas se elevan apenas á la altura de la ventana, bajo la cual una mano que no volverá á hacerlo cuidaba de su cultivo. Siempre he tenido por este pobre árbol una particular predileccion, distinguiéndole entre tres ó cuatro de su especie; parece como que me conoce y que se alegra cuando me aproximo á él; las brisas melancólicas hacen inclinar ante mí su amarillenta cabeza, produciendo un triste murmullo ante la ventana de la abandonada habitacion: misteriosa inteligencia que existe entre nosotros y que cesará con la muerte de uno de los dos.

Habiendo pagado mi piadoso tributo, volví á cruzar el baluarte y la esplanada de los Inválidos; atravesé por el puente de Luis XVI y el jardín de las Tullerías, de donde salí por la verja que da hoy á la calle de Rivoli. Allí, como entre once y doce de la mañana, oí á un hombre y á una mujer que gritaban vendiendo una noticia oficial; los transeuntes se detenían petrificados al escuchar estas palabras: -- «Sentencia de la comision militar especial convocada en Vincennes, que condena á la pena de muerte al llamado Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido en Chantilly el 2 de agosto de 1772.»

Este grito me hirió como un rayo; cambié mi vida del mismo modo que cambió la de Napoleon. Entré en mi casa, y dije á Mad. de Chateaubriand: -- «El duque de Enghien acaba de ser fusilado.» Me senté delante de una mesa, y me puse á escribir mi dimision. Mad. de Chateaubriand no se opuso, y me vió redactarla con un gran valor. No desconocia ella el peligro que corría: trabajábase en el proceso del general Moreau y de Jorge Cadoudal: el leon había probado la sangre, y no era aquel el momento de incitarle.

Mr. Clausel de Coussergues llegó en aquel momento; había oido también pregonar la sentencia. Me encontró con la pluma en la mano: mi carta, de la



que me hizo suprimir algunas frases algo duras, en atencion á Mad. de Chateaubriand, parti6 para su destino; estaba dirigida al ministro de Negocios Extranjeros. Poco importaba su redaccion: mi opinion y mi crimen consistian en el acto de dimitir: Bonaparte no se enga6. Mad. Bacciocchi estall6 de c6lera al saber lo que llamaba mi *defeccion*; me mand6 llamar, y me hizo las mas vivas reconvencciones. Mr. de Fontanes casi enloqueci6 de miedo el primer momento: me crey6 fusilado cuando menos, asi como todas las personas que me eran adictas. Por espacio de muchos dias mis amigos estuvieron temiendo verme prender por la policia; presentábanse en mi casa de hora en hora, temblando siempre que se acercaban al cuarto del portero. Monsieur Pasquier vino á abrazarme al dia siguiente de mi dimision, diciéndome que se consideraba dichoso en tener un amigo como yo. Este permaneci6 bastante tiempo en una honrosa mediania, alejado de los negocios p6blicos.

Sin embargo, este movimiento simpático que nos hace objeto de alabanzas por una accion generosa, se contuvo. En nombre de la religion habia yo aceptado un empleo fuera de Francia, empleo que me habia conferido un genio poderoso, vencedor de la anarquia, un gefe emanado del principio popular, el *c6nsul* de una rep6blica, y no un rey. Continuacion de una *monarquía* usurpada, al principio me hallaba aislado en mi sentimiento, porque era consecuente con mi conducta; me retiré cuando se modificaron las condiciones á que podia yo suscribir; pero en el instante que el héroe se coavirtió en asesino, se precipitaron en sus antecámaras. Seis meses despues del 20 de marzo, hubiérase creído que no habia mas que una opinion en la alta clase de la sociedad, con alguna que otra excepcion, que solo se manifestaba á escondidas.

Los personajes *caídos*, pretendian haber sido *forzados* y no se *forzaba*, segun ellos decian, sino á los que tenian un gran nombre ó una alta importancia, y cada uno, con el objeto de probar su importancia ó sus cuarteles, obtenia el ser *forzado* á fuerza de solicitudes.

Los que mas me habian elogiado antes se alejaron de mí; mi presencia era para ellos una acusacion: las personas *prudentes* hallan una imprudencia en ceder ante el honor. Hay momentos en que la elevacion de alma es una verdadera enfermedad; nadie la comprende; pasa por una limitacion de talento, por una preocupacion, por una mala inteligencia de educacion, por una locura, por una obcecacion que impide ver las cosas como son; obcecacion honrosa tal vez, dicen, pero que no por eso deja de ser un estúpido idiotismo. Esa capacidad, ¿puede dársele á la persona que no ve nada y que permanece extraña á la marcha del siglo, al movimiento de las ideas, á la transformacion de las costumbres, á los progresos de la sociedad? ¿No es una lastimosa equivocacion el dar á los acontecimientos una importancia que no tienen? Amurallados en vuestros estrechos principios, con el espíritu tan e-caso como el juicio, os hallais como una persona que vive en un cuarto interior, no teniendo mas vista que la de un estrecho patio, ignorando cuanto pasa en la calle, y no oyendo el ruido que reina enrededor. Hé aqui á lo que os conduce un poco de independencia, siendo objeto de lástima para las medianias: porque en cuanto á los espíritus fuertes para el afectuoso orgullo y para los ojos sublimes, *oculos sublimes*, su desden misericordioso os perdona sabiendo que *no podeis comprender*. Así fue que me volví á dedicar con mas ahínco á la carrera literaria. ¡Pobre Pindaro destinado á cantar en mi primer olimpiada la *exceleñeña del agua*, dejando el vino á los bienaventurados.

La amistad rindi6 el corazon de Mr. de Fontanes; Mad. Bacciocchi interpuso su benevolencia entre la

c6lera de su hermano y mi resolucio; Mr. de Talleyrand, sea por cálculo ó por indiferencia, retuvo por mucho tiempo mi dimision antes de dar cuenta de ella: cuando la anunci6 á Bonaparte, habia ya tenido este tiempo suficiente para reflexionar. Al recibir de mi parte la única y directa muestra de acusacion de un hombre probo que no temia su c6lera, pronunci6 únicamente estas dos palabras:—«Está bien.» Algun tiempo despues dijo á su hermana:—«Confesad que habeis tenido miedo por vuestro emigo.» Mucho tiempo despues, hablando con Mr. de Fontanes, le confes6 que mi dimision era una de las cosas que mas le habian sorprendido. Mr. de Talleyrand me hizo mandar una comunicacion, en que me reprendia con mucha amabilidad por haber privado á su departamento de mis talentos y de mis servicios. Devoiví los adelantos que se me habian hecho para mi embajada, y todo concluy6 en apariencia. Pero al aventurarme á separarme de Bonaparte, me habia colocado á nivel suyo, y este se hallaba animado contra mí de toda su mala fe, del mismo modo que yo me habia armado contra él de toda mi lealtad. Hasta su caída tuvo la espada susperdida sobre mi cabeza; pensaba algunas veces en mí por un natural instinto, y procuraba buscar un medio para mezclarme en sus fatales prosperidades: á veces me inclinaba ante él llevado de la admiracion que me inspiraba, por la idea de que presenciaba una transformacion social y no un mero cambio de dinastía; pero en constante oposicion sobre muchos puntos, nuestras dos naturalezas se chocaban á su vez; y si es cierto que él me hubiera hecho fusilar de muy buena gana, tambien lo es que al matarlo no hubiera tenido yo mucho sentimiento.

La muerte es la que hace ó destruye una grande posicion; ella detiene al hombre en el abismo en que se va á hundir, ó en la altura á que se halla próximo á levantarse: todo es una mision cumplida ó no cumplida; en el primer caso, se sujeta á exámen lo que ha sido; en el segundo, se hacen conjeturas sobre lo que hubiera podido ser.

Si hubiese únicamente consultado mi ambicion, me habria seguramente equivocado. Carlos X no supo hasta Praga lo que yo hice en 1803; volvia entonces de la monarquía.—«Chateaubriand, me dijo en el palacio de Hradschin: ¿habeis servido á Bonaparte?—Sí, señor.—¿Hicisteis vuestra dimision á la muerte del duque de Enghien?—Sí, señor.» La desgracia devuelve la memoria. Os he referido ya que cierto dia en Londres, habiéndome refugiado con Mr. de Fontanes bajo una calle de árboles durante un aguacero, el duque de Borbon se acogi6 bajo la misma; en Francia su valiente padre y él, que tantas acciones de gracias prodigaban á cualquiera que escribia la oracion fúnebre del duque de Enghien no me han consagrado un solo recuerdo. Sin duda ignoraban mi conducta. Verdad es que jamás le hablé de ella.

Chantilly, noviembre de 1858.

MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

Como de las aves de paso, se apodera de mí en el mes de octubre una desazon, que me obligaria á cambiar de clima, si me fuera dable disponer del poder de las alas y de la ligereza de las horas: las nubes que cruzan el cielo me causan envidia. Con el objeto de enganar este instinto me refugié en Chantilly. Anduve allí errante sobre la verde alfombra de yerba: algunas cornejas volando sobre los vallados, los árboles y las esplanadas me llevaron hasta los estanques de Commelle. La muerte habia arrebatado á los amigos que me acompañaron en otro tiempo al palacio de la reina Blanca. Aquellos sitios y aquellas soledades no eran para mí mas que un triste horizonte entreabierto un momento ante mí. En los tiempos de

René hubiera yo hallado los misterios de la vida en el arroyo de la Fléve: oculta este su corriente entre el musgo y las espigas: hállase rodeado de cañaverales, y muere en los estanques que alimenta su juventud, siempre espirante y siempre rejuvenecida: estas aguas me encantaban cuando llevaba conmigo los fantasmas que me sonreian á pesar de su melancolía, y que me complacia yo en adornar de flores.

Volviéndome á lo largo de los setos, apenas crecidos, me sorprendió la lluvia; me refugié bajo una haya; sus últimas hojas desaparecian como mis años, su cima se despoblaba como mi cabeza: estaba marcado el tronco con un círculo encarnado, para ser derribado como yo. Habiendo entrado en la posada con una porcion de plantas de otoño y en una disposicion poco favorable á la alegría, os haré la narracion de la muerte del duque de Enghien, á vista de las ruinas de Chantilly.

Esta muerte por el pronto hel6 de espanto todos los corazones: vi6se próxima la vuelta del reinado de Robespierre. París crey6 volver á presenciar uno de esos dias que se ven una vez sola: el dia de la ejecucion de Luis XVI. Los partidarios, los amigos, los parientes de Bonaparte, hallábanse consternados. En el extranjero, si el lenguaje diplomático ahog6 repentinamente la sensacion popular, no por eso conmovió menos á la multitud. En la familia desterrada de los Borbones el golpe fue terrible: Luis XVIII devolvió al rey de España la condecoracion del Toison de oro que Bonaparte acababa de recibir: esta devolucion fue acompañada de la siguiente carta, que hace honor seguramente á la mano que la escribi6:

«Señor y caro primo: Nada puede haber de comun entre mí y el gran criminal á quien la audacia y la fortuna han colocado sobre un trono que ha tenido la barbarie de manchar con la sangre de un Borbon, del duque de Enghien. La religion puede arrastrarme á perdonar á un asesino; pero el tirano de mi pueblo debe siempre ser enemigo mio. La Providencia en sus altos fines puede condenarme á terminar mis dias en el destierro; pero jamás mis contemporáneos ni la posteridad podrán decirme que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar hasta el postrer suspiro el trono de mis antepasados.»

«Preciso es no olvidar otro nombre que se asocia al del duque de Enghien: Gustavo Adolfo el destronado, el desterrado, fue el único de los reyes reinantes entonces que os6 alzar la voz para salvar al jóven príncipe francés. Expedió desde Carlsruhe un ayudante de campo portador de una carta dirigida á Bonaparte; esta llegó demasiado tarde: el último de los Condés habia cesado de existir. Gustavo Adolfo devolvió al rey de Prusia el cordon del Aguila negra, como Luis XVII habia devuelto el Toison al rey de España. Decia Gustavo al heredero de Federico el Grande:—«Que con arreglo á las *leyes de la caballería*, no podia el consentir en ser hermano de armas del asesino del duque de Enghien.» (Bonaparte tenia el cordon del Aguila negra). ¡Hay un amargo sarcasmo en estos recuerdos inusitados de caballería, extinguidos en todas partes, excepto en el corazon de un rey desgraciado hacia un amigo asesinado; nobles simpatías del infortunio, que viven aisladas sin ser comprendidas en un mundo ignorado de los hombres!

¡Ay! habiamos pasado al través de una porcion de despotismos diferentes; nuestros caracteres, dominados por una sucesion de desgracias y de opresiones, no tenian bastante energía para llevar luto demasiado tiempo por la muerte del jóven Condé; poco á poco las lágrimas se agotaron: el miedo se desahogó en felicitaciones por los peligros de que el primer c6nsul acababa de pasar y al fin llor6 de reconocimiento al ver que este se habia salvado con un tan santo sacrificio. Neron escribi6 al senado una carta, redactada por Séneca, que hacia la apología del asesinato de

Agripina; los senadores, entusiasmados, colmaron de bendiciones al hijo magnánimo que no habia temido arrancarse el corazon con un parricidio tan salutar. La sociedad volvi6 muy pronto a entregarse á los placeres; asustábase ella misma de su luto; despues del terror, las víctimas que habian escapado bailaban y se esforzaban en aparecer dichosas, y temiendo ser tenidas por culpables de memoria, tenian la misma alegría que al subir al patíbulo.

No sin objeto y no sin precaucion se prendió al duque de Enghien: Bonaparte habia tomado una nota exacta del número de los Borbones que habia en Europa. En un consejo, á que fueron llamados Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché, se expuso que el duque de Angulema se hallaba en Varsovia con Luis XVIII; el conde de Artois y el duque de Berry en Londres, con los príncipes de Condé y de Borbon. El menor de los Condé se hallaba en Ettenheim, en el ducado de Baden. Se reconoci6 que los Sres. Taylor y Drake, agentes ingleses, habian renovado las intrigas por este lado. El duque de Borbon, con fecha 10 de junio de 1803, puso en salvo contra una prision probable á su nieto por medio de una carta dirigida de Londres, y que se conserva. Bonaparte llamó á su lado á los dos c6nsules, sus colegas. Di6 primero amargas quejas á Mr. Real, por haberle dejado ignorar lo que contra él se proyectaba: escuch6 pacientemente las excusas: Cambaceres fue quien se expresó con mas energía. Bonaparte le di6 las gracias, y fue mas allá que él. He visto esto en las memorias de Cambaceres, que uno de sus sobrinos, Mr. de Cambaceres, par de Francia, tuvo la bondad de dejarme consultar, por lo que le estaré siempre sumamente reconocido. La bomba, lanzada una vez, no vuelve al sitio de partida; va hacia el sitio adonde se la envia y cae. Para ejecutar las órdenes de Bonaparte era preciso violar el territorio de Alemania, y el territorio de Alemania fue inmediatamente violado. El duque de Enghien fue preso en Ettenheim. Se encontró á su lado, en vez del general Dumouriez, al marqués de Tumery y á algunos otros emigrados de poca nombradía: esto debiera haber advertido de la equivocacion. El duque de Enghien fue conducido á Strasburgo. El principio de la catástrofe de Vincennes nos fue referido por el mismo príncipe en un diario de camino desde Ettenheim á Strasburgo: el héroe de la tragedia se adelanta al proscenio, y pronuncia el siguiente prólogo:

DIARIO DEL DUQUE DE ENGHEN.

«El jueves, 15 de marzo, dice el príncipe, fue cercada mi casa en Ettenheim por un destacamento de dragones y por piquetes de gendarmería, total como hasta unos doscientos hombres, dos generales, el coronel de dragones, y el coronel Charlot de la gendarmería de Strasburgo, á eso de las cinco de la mañana. A las cinco y media, habiendo derribado las puertas, fui conducido al molino, cerca del tejaz. Se apoderaron de mis papeles, sellándolos. Conducido en un carro, entre dos filas de soldados, fui así llevado hasta el Rhin. Embarcáronme despues para Rhisnan. Habiendo desembarcado, fui á pié hasta Pfortsheim. Almorcé en la posada. Subiéronme despues en un carruaje con el coronel Charlot, con el comandante de la gendarmería del distrito, un gendarme en el pescante, y Grunstein. Llegué á Strasburgo, á casa del coronel Charlot, á las cinco y media de la tarde. Media hora despues fui conducido en un fiacre á la ciudadela. . . . .

«Domingo 18. Acaban de hacerme levantar á la una y media de la mañana. No me dejan mas que el tiempo preciso para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros, á mis gentes. Salgo únicamente